

AVES DE ESPUMAS

Las nubes son aves de espumas

En alas de luz

pasan desmenuzando el cielo

y bajan a

BRASA DE SOL

(1992-1995)

Sangre el profeta en la arena

y el viento al correr la lluvia

agua de olvido

espuma de espuma

olvido (el habitar en el cielo)

en la arena.

AVES DE ESPUMAS

Las nubes son aves de espumas
En alas de luz
pasan desnudando el cielo
y bajan a la cumbre del cerro
ceñidas a la cal
entre setos de espinas.

Sangra el crepúsculo en su regazo
y anida el cardón la lluvia
tallo de agua
apacible desnudez
hacia la maternidad del cielo
en su savia.

BRASA DE SOL

Crecí en solares baldíos
cuando las brasas del sol
humeaban como fogones entre las piedras
y el viento desbocado en el polvo
arremolinaba las espuelas del gallo
que aún canta en mi memoria.

Allí aprendí del reptil
el pie descalzo en la piedra que arde
la espera serena donde la lluvia es tardía.

Por eso mi techo es teja rota
y mis puertas dan a la intemperie.

(Dónde, mi morada.)

OJOS DE AGUA

En ojos de agua
vestigio de lluvias
bajo los cujies de las tórtolas
y enroscados bejucos de las serpientes
beben el agua los chivos entunados del sol.

Ojos de agua
donde resplandece el zinc de la casa
que se hunde en el polvo.

Ojos del gallo
donde amanece el bahareque
en las corrientes del río de luz
que cruza los linderos del cardón y el alambre púa
hacia solares de arcilla
donde las grietas se abren como bocas
mordiendo la quietud de la lagartija.

Ojos del chivo
acostumbrado al vertigo del barranco
en las candelas del cielo.

Ojos del pez en lajas escamas del cerro
ojos de sal en la luz del metal ojos de las piedras
ojos del dios de la tierra que nos mira desde la cumbre
donde el rey zamuro se levanta en guardia.

AMANECE

Amanece

lo sé no por la luz en la ventana
no por el ruido de los autos, allá afuera.

Lentamente las nubes se van del cerro
disolviéndose en delicados algodones.

El cerro descubre en la cumbre el pico del gallo
que canta en las claridades
al mover los arbustos
el color de las flores en sus plumas.

Los rayos del sol entran como dedos de luz
al fondo de los cráteres
despertando la vida en el ojo del animal
que habita en las sombras.

El viento mece la cresta de los árboles
soltando del cuerpo plumas y hojas amarillentas.

Fulgura en la piedra la punta de la espuela
que sobresale en el sonido de las aguas
traídas de lejos por el misterio de la montaña
donde hablan dioses con el melodioso tono del encanto.

El lomo del cerro desciende en sutiles curvaturas
adelgazándose en caracol de plumas rojas
cola hacia las cuencas del ocaso.

TIEMPO DE SOL

El viento lleva la hojarasca de los días
en un tiempo de sol que desnuda las ramas
en ventanas de soledades.

Las nubes parecen detenidas más allá del cerro
donde la llama comienza en la fuga del animal
trás el rumor de las aguas.

Duele la incisión del infortunio
fisuras del alma donde exhalan las brasas
humos del cuerpo devastado
que asoma su herida
en cenizas de innombrables ausencias.

Duele el adagio del violín en la cuerda
que rozan arcos de juncos quemados.

Duele mirar la osamenta del valle
donde se escuchan los ecos de la corriente
alma del río por los cauces del aire.

Duele mirar el lomo del cerro
donde arde la cal de sus carnes
y se incrusta la laja y la piedra
en pelambres de espinas
por donde hacen caminos los chivos
y el perfil de la iguana
mira los abismos del destierro.

MANOS DE HIERBA

Con sus manos de hierba en la tierra
hace crecer la rama débil
en el misterio de la palabra
que sólo el oído del vegetal escucha.

Sabe de la hoja la edad
por los matices del tiempo
tejido del cuerpo donde son huellas
manchas de exiguas pigmentaciones
y respira el fervor de su aliento
el aroma espiritual de las flores.

Reina en la memoria del canto de las aguas
savia que alivia el dolor
en la raíz de todos los males.
Su espíritu el colibrí en el instante
donde penetra el pico el origen del color y el deseo
en el cuerpo de la flor que el sol ilumina.
Música su corazón elegido
por las fuentes de la montaña
encantados pozos los ojos
en los altares de piedra
donde los azules de la niebla
transparentan su imagen
dejando siluetas al encuentro de cuerpos invisibles.

Roces de plumas los cabellos de inalcanzables caricias
presencia del musgo en la piedra
que oculta la sensualidad de sus presagios.
De aguas dulces sus labios besan fertilidad
en los tallos sumergidos en los follajes del sueño.

EL ARBOL DEL BULEVAR

las manos dan golpes telúricos en el cuero
ecos del tronco donde silba el viento
en el perfil de la máscara
tatuaje en la corteza
máscara con garras de tigre
ojos de lechuza plumas de gavián

las manos se hunden en el cuero
se enrolla la serpiente en vigilia
ritmo del tambor en el pico del pájaro
hacia la hebra rápida del nido
tambor de altares en la memoria
cuevas donde la vela alumbra
retratos y estampas que nos miran
a través de nuestros ojos

incienso niebla de perfumes
que nos hacen perdurar
en el ritual del tiempo que no vuelve
golpe de corazón en el cuero del animal
y las maderas de la danza
cuerpos con rayas de lagartijas
pieles pintadas con tintas de tierra
y pigmentos de fábulas
mancha de sangre la peonía
piedra de zamuro su sombra
amuletos de colmillos en el pecho
donde golpea la desdicha
ave a medio vuelo la desoída plegaria

a golpes de tambor baila
la sombra de la muerte emplumada.

REFLEJO EN LA PIEDRA

La imagen del santo se refleja en la piedra
en ojos de fe, sucede el milagro
más allá de formas conocidas, ellos ven los sueños.

La imaginación hace de los cuerpos
fuerzas de percepción
capaces de transfigurarse
en fuentes de presagios.

Divina sensación donde se presiente
el asombro del origen.

No son epifanías, ni espejismos
tal vez sea memoria lo que respira
en la piedra sensible de los hombres.

Como un dios, revivir
aguarda su cuerpo
para que los ojos de su cuerpo
sean los ojos de su cuerpo
en el mundo de todos
como un dios.

FABULA

Al final de un día y de noche
se venían sus ojos
en las entrañas de abismos inabismables.

Abismos sus garras en la tierra
y las raíces del tiempo
señalaban la memoria de su cuerpo
como serpientes alazadas
en la comunión de raíces
nido para el latido que comienza.

Como un dios sereno
arqueaba su cuerpo
para que las ovejas de su cumbre
acariciaran su lomo de animal
en roces de nubes
lanas del cielo.

Al fondo de nieblas y juncos
se perdían sus rugidos
en las entrañas de abismos insondables.

Hundía sus garras en la tierra
y las raíces del tiempo
penetraban la memoria de su carne
como serpientes abrazadas
en la comunión de sales
nido para el latido que comienza.

Cerraba los ojos para ver
en las lumbres del pez
destellos de iniciación
por sus aguas nocturnas

parecían estrellas
esporas de luz
por cielos de algas.

Los animales del reino
iniciaron la peregrinación
por los ramales de su pecho
hacia pozos
en el alba
de oceánicas placentas.

Algo invisible

guiaba sus pasos

eran fuerzas de posesión

que le hacían escuchar de nuevo

pájaros del viejo arroyo

todavía en las ramas secas

cantando espigas de amaneceres.

Como piedra se sembró
en el azufre de una tierra en llamas.
Bajo el cielo del zamuro
en extraños celajes de cenizas
rodó por cauces de humaredas
y piedras negras
buscando la espesura del musgo
en bocas de sus cuevas
ahora calcáreos reinos de serpientes
a orillas de lagunas
que se volvieron ojos de volcán
en el rostro quemado de la arcilla

Cerca de brasas encendidas
se dormía
sobre la ola vegetal de su origen
cerro de los mares del sueño
donde conoció la piel noble del barro
y vio florecer el agua
en el continuo fruir de savia
que hizo retoños
en su ardida corteza.

Corte voraz del hacha
que en mi carne
abre su corteza
dolorosas gotas de savia
lágrimas como luciérnagas
por el aire muerto
de un rostro sin retoños.

Cáscaras vacías en la arena
de aves migratorias
ahora sus encendidos plumajes
son signos de adoración
flores de crepúsculo
cuando susurran ánimas solas
por prados de nubes
y conchas marinas.

Eran manos de sol
la luz reverberante
que modelaba senos de arcilla
ubres de tierra dulce
por donde salía la leche
para el hambre del tallo
sediento carbón
a orillas de espejismos
de aguas blancas
la osamenta.

En recodos de caminos
agazapado y vigilante
sudaba miedos de acechanzas
a la espera de sigilosas sombras
que poblaban noches de tramados follajes.

Entre delgados tallos
brillaban sus ojos
enrojecidos por instintivos tintes
que ahuyentaban insectos
moradores de flores
en la huída de serpientes blancas
por suelos de humus y fermentos
venas de su espíritu
hacia otras claridades
en la aureola de los hongos.

Cuando la luz rozaba su piel
se ruborizaba de encanto
el cuerpo ardiente de las corolas.

Lenguas de sol abrían semillas
en cópulas de sutiles encuentros.

Polen el semen
por aguas salitrosas
donde el deseo
se hace carne en la flor
y salivas de miel
atraen mariposas
cuando falos
luminosos hongos
derraman fértiles sudores.

Huyendo de sus cenizas
subió hasta las altas cumbres
donde mueren las distancias
y como ave
cruzó los azules del tiempo
siguiendo la estela de luz
que deja la vida cuando pasa.

12

fuendo de sus cenizas
subió hasta las altas cumbres
donde miran las distantes
y como ave
cruzó los azules del tiempo
siguiendo la estela de luz
que dejó la vida cuando pasa.